

CAPÍTULO VII

Viaje á Madrid de Verdaguer

Sumario: Motivos que le indujeron á emprender este viaje.—Cómo fue desconceptuado Verdaguer ante D. Claudio López, Marqués de Comillas.—En qué se fundaban los optimismos de Verdaguer.—Silueta de D.^a Deseada Martínez.—Fracaso de las gestiones del poeta con el Marqués de Comillas.—Conversación con el P. Mir.—Viaje al Escorial.—Conferencia con el P. Blanco y el P. Miguelez.—Mudanza favorable al poeta.—Actitud de la prensa y de los ateneístas de Madrid.

Corría el año 1897 al 98 y agotados todos los recursos y creciendo los apuros pensó mosén Cinto, como quien se agarra á un clavo ardiendo, que de entrevistarse personalmente con el marqués de Comillas tal vez le pondría de su parte y conseguiría algo. La esperanza era remota, quizá absurda; pero en el alma del desesperado siempre palpita un «¿quién sabe?» que le alienta. Sólo con este objeto emprendió, comenzado ya diciembre del 97, su viaje á Madrid en compañía de D.^a Deseada Martínez.

Nuestros lectores se asombrarán del caso y juzgarán ese viaje como un acto desatinado, imbuídos en la leyenda de que el marqués de Comillas era un enemigo acérrimo del poeta y el verdadero causante de las desgracias que le acontecieron. Es este un error que, á fuer de historiadores severos é imparciales, nos incumbe desvanecer. Del estudio de la documentación copiosa que hemos podido examinar no se desprende que dicho señor ni su esposa hubiesen sentido odio ni malquerencia contra su antiguo capellán; antes bien de la lectura de sus cartas se colige que le profesaban una amistad sincera que se enfrió no se sabe como aunque lo presumimos. Alguien desconceptuó al vate ante su protector llamando una y otra vez su atención sobre incidentes fútiles, sucesidos triviales, ocurrencias insignificantes, interpretándolas torcidamente, agrandándolas y atribuyéndolas una

trascendencia que realmente no tenían. Y como el marqués resistiese á esas sugerencias de los que solapadamente querían separarle de su capellán, se pasó á mayores y se inventaron mentiras y se le atribuyeron actos pecaminosos y se le puso á prueba con anillos y alhajas perdidas de intento por si eran hurtadas y otros incidentes que se apuntaban vagamente en los documentos. Ni aun así parecía torcerse la voluntad de D. Claudio.

Si en estas circunstancias una alma caritativa hubiese mediado en favor de mosén Cinto dando al marqués la interpretación recta y leal de lo que ocurría y hubiese á la vez advertido al poeta que no debía tomar con tanto empeño el sacar los malos espíritus á cuantos se le presentaban, abusando de su credulidad, verdaderamente infantil, porque había quien abultaba estos hechos tan sencillos de sí y le perjudicaba con su relato; si le hubiesen aconsejado que no debía admitir en el Oratorio de la casa personas extrañas durante las ausencias de sus protectores; si, en suma, se hubiese contraminado la intriga sorda que se fraguaba, nada probablemente hubiese ocurrido; pero Verdaguer nada sospechaba y reincidía en sus pueriles imprudencias. Nosotros creemos que D. Claudio no se persuadió jamás que su limosnero pudiese negociar con su cargo en beneficio propio sino en provecho de otros que explotarían su buena fe; primero dudó de su integridad mental que de su probidad: en honra suya sea dicho. En una carta que le pone desde Madrid hace de esto sinceras protestas y le ruega con calor y hasta le prohíbe que se preocupe de estas habillitas á que jamás dió crédito; por su parte la marquesa le dice con noble sinceridad que nunca le ha dado malos consejos y que siempre le ha considerado como un sacerdote ejemplarísimo. Uno y otro documento atestiguan, por no hablar de otros, que no procedieron con mosén Cinto por odios que no sentían ni por malquerencia caprichosa, sino por engaño. ¿Quién ó quiénes les indujeron á deshacerse de él aceptando al efecto los buenos oficios de Morgades que se prestaría á todo con tal de complacerles? Quiénes se insinuaron en la sombra desconceptuando al vate no ya sobre su santidad sino sobre

la sanidad de su mente? ¿Quiénes probaron que el santo era un loco derrumbándole de este modo del pedestal y quitando de enmedio el estorbo?

Es una historia esta muy íntima para desentrañada, como no la refieran los propios actores. Mosén Cinto señala tres jesuitas: el P. Goberna, el P. Sanz y el P. Vinuesa, sin que concrete hechos ni aduzca pruebas que fundamenten su opinión; es una presunción fundada en indicios.

Quizá esto baste para explicarse la mudanza del marqués de Comillas, dado que una causa ú otra debe tener, y dada también la mónica de ciertas gentes que maniobran cautelosamente sin dejar rastro. Morgades se encargó del posta, y, en cumplimiento de sus promesas, extremó tanto la vigilancia y pecó tanto de *trop de zele* procediendo con tal violencia, que así vinieron rodando los sucesos hasta formarse la bola que los aplastó á todos, menos á los iniciadores del desbarajuste, que no se metieron en nada, una vez logrado su objeto, y sumidos en la sombra han pasado como irresponsables en esa trágica historia.

Por lo demás es más que probable que al marqués de Comillas no se le ocurriría que un acto tan sencillo como deshacerse de su capellán, pudiese á la larga revestir tan grave trascendencia y acarrearle tan serios disgustos. Habitudo á juzgar del poderío de un hombre por sus riquezas, influencia política ó representación social, no imaginaría que la voz de aquel humilde sacerdote, tan ingénuo y pacífico de sí, pudiese conmover tan hondamente la opinión y levantar una marea de indignación tan alta que ahogase á cuantos le volvieron la espalda.

Esta abreviada explicación, que podríamos buenamente ampliar si la personalidad del marqués de Comillas nos interesase, que no es así, nos muestra que no era absurdo el propósito de Verdaguer bien que, después de cuanto había escrito de él, no era práctico ni razonable. De recordar la fría indiferencia con que le recibió al escapar de la Gleba, y de reflexionar que hay una casta de hombres tan encastillados en su grandeza que se enemistan con quien les discuta, habría desistido de su empeño; mas como mosén Cin-

to no era un analista ni hombre que pesase maduramente el pro y el contra de sus decisiones, se abandonó á su impulso convencido de que en el ánimo del marqués quedaba el rescaldo de una amistad antigua y no le sería difícil avivarlo.

Por otra parte: á D.^a Deseada Martínez no le parecería mal el viaje, pues le permitiría avistarse con el marqués de Retortillo, antiquísima relación de su familia y persona de su mayor confianza, y creería que si lo de D. Claudio fracasaba, tal vez por este otro lado se abriría un nuevo camino.

Y puesto que ahora esta señora entra en escena, precisa que tracemos su silueta para que el lector se haga cargo de los sucesos que vamos á referir.

Era D.^a Deseada, de edad algo proveya ya, hija de Madrid y mujer enjuta de carnes, viva en el concebir, impetuosa en el obrar, y amaestrada por las persecuciones que venía sufriendo, se había vuelto por demás recelosa y suspicaz. De su matrimonio hubo dos hijas y un varón, y enviudada vivía, sin holgura ni estrechez, del caudal que ganara su difunto esposo. A pesar de que conocía á mosén Cinto en la época próspera, no se fijaron en ella poco ni mucho los que tramaban su alejamiento de la casa del marqués; por aquel entonces nada se dijo de ella ni en favor ni en contra. La época de la difamación empezó cuando acogió en su casa al fugitivo de la Gleba. No son para recordar cuantas infamias se inventaron, cuantas calumnias se difundieron, como enlodaron su honra y como la pintaba la maledicencia de la canalla que en su contra desataron. El objeto no era otro que aburrirla hasta lograr que despidiese de su casa á mosén Cinto para que éste tuviese que entregarse á Morgades, pues tal habían preparado las cosas, que no contaba con otro refugio. Mas aquella mujer excepcional, al sentirse herida en su honra, hostigada en su hogar, en vez de abatirse y entregar *al Padre* se creció en los peligros y llegó á exasperarse hasta tal punto que desdeñaba su propia defensa para concentrar todas sus energías en la del inocente que albergaba. Procuraron aterrarla por esos medios, creyendo que la perspectiva de la deshonor y el aislamiento á que la reducían cortando una por una cuantas relaciones tenía, la rendirían al fin;

mas tomaron tan mal las medidas que en vez de arredrarla la enardecieron y la transformaron poco á poco en una fanática (y Dios me perdone el epíteto) defensora del poeta. ¿Quién obró el prodigio? Los mismos que un día y otro la maltrataban.

Si de buenas á primeras se la hubiera propuesto con maña y habilidosamente que le despidiese, quizá hubiera transigido exigiendo algunas garantías de que nada malo le pasaría; mas cuando pudo convencerse de que por su buena obra era difamada, y vió invadida su casa repetidas veces por la policía y vió al Padre llevado al Gobierno civil sin otro derecho que el de una orden brutal, y observó que se le vigilaba de cerca al salir y al entrar, y pudo comprobar que para amedrantarla llegó á simularse el secuestro de su propia hija, entonces ya era tarde para toda avenencia y no cabía entablar transacciones porque D.^a Deseada no era ya una mujer razonable y comedida, sino una mujer furiosa y decidida á todo.

Así es como llegó á vincularse la suerte de mosén Cinto con la de la familia Durán; el advenedizo se soldó con ella y formó parte integrante de la misma. Por dos veces se intentó sobornar á D.^a Deseada por medio de dinero; así consta. Una vez por un fabricante que la ofreció cinco mil duros; otra por el Dr. Font, vicario general de Gerona; ambas proposiciones fueron rechazadas y el inocente no fué vendido. De su escaso peculio, que era el de sus hijos, subvenía á la manutención y gastos de mosén Cinto y hasta donde pudo se largó á la publicación de algunas de sus obras. Pobres ya, y de solemnidad, siguieron resistiendo como pudieron, tropezando aquí y levantándose allá, repartiéndose fraternalmente entre todos la comida ó la cena que la providencia les deparaba.

La fatigosa brega rindió al fin á D.^a Deseada Martínez y contrajo una enfermedad del corazón que se agravaba de día en día hasta poner su vida en peligro inminente. Y como se sentía morir ansiaba el triunfo de mosén Cinto y todo le parecía poco para precipitar los sucesos. Caso de recabar la misa por la influencia del marqués de Comillas ó caso de

que el marqués de Retortillo le abriese un nuevo derrotero, ella podía morir tranquila, pues la subsistencia de sus hijos quedaba asegurada, ya que ni en sueños se le podía ocurrir que Verdaguer los desamparase al mejorar su suerte. Y en esto no se equivocaba ciertamente conforme lo han demostrado los sucesos que posteriormente se desarrollaron.

Véanse, pues, sentados estos precedentes, los motivos que determinaron el viaje á Madrid de Verdaguer y doña Deseada Martínez al finar el año 1897.

•••

Camino de Madrid Mosén Cinto y D.^a Deseada Martínez, más animosos que sobrados de caudal, ya antes de llegar á Zaragoza se vieron en grave aprieto pues á D.^a Deseada le sobrevino un ataque al corazón tan fuerte que quedó como agónica y en las últimas ansias; y al pedir auxilio el atribulado poeta, llegados á Zaragoza, se encontró con D. Pascual Sala, tío de D. Alfonso Sala, conocidísimo fabricante de Tarrasa, quien estimaba mucho á Mosén Cinto y trataba de antiguo á D.^a Deseada por ser muy amigo de su difunto marido. Auxiliada convenientemente y algo repuesta del accidente, siguieron juntos el viaje hasta llegar á Madrid, instalándose en un hotel de la calle de Alcalá, 17, triplicado y corriendo todos los gastos de cuenta del Sr. Sala. Inútil es decir lo que levantaría el ánimo de Mosén Cinto ese encuentro feliz, que juzgaría obra de la divina Providencia.

Al día siguiente personóse en el palacio del marqués de Comillas. Iria temblando y turulato. Entonces sí que se le representaría á lo vivo el despego con que le recibió recién escapado de la Gleba y acudirían á su memoria aquellas palabras que se entallaron en su cerebro acerca de su supuesta locura: *«lo dicen sus amigos, lo dicen sus parientes, lo dice su prelado...»* ¡Pobre Mosén Cinto! como le temblarían las piernas al hacer su camino y como le saltaría el corazón al preguntar al estirado portero por S. E.!... Cuando se toma una resolución decisiva, desde lejos uno se ilusiona y siente grandes alientos caminando muy deprisa; más al acercarse

al fin propuesto las dudas renacen, los pasos se espacian y el espíritu zozobra y desfallece. Eso le pasaría á Mosén Cinto. Al fin llegó; el marqués no estaba en casa. Había salido de caza por unos días. Aguardó su regreso y cuando le franquearon la entrada el prócer le recibió en pié, le oyó con la impasibilidad de una estatua, y enterado de su pretensión se denegó en redondo á intervenir en nada.

Era de esperar. Si hubo un tiempo en que se le consideró en aquella casa ¿qué podía esperar después de cuanto había escrito el relapso?

Tres años de guerra endurecen mucho y eso Verdagner lo ignoraba. El marqués de Comillas al separarle de su lado no obraría por inquina ni malevolencia personal; mas después de cuanto había dicho y escrito Verdagner, solo una alma tan cándida como la suya podía soñar que no había variado el ánimo de su antiguo protector. Nuestro atribulado vate salió de aquella estancia fastuosa tan pobre é indefenso como había entrado y encima con un desengaño más. Cuando D.^a Deseada le vió, de regreso al hotel, contristado y dolorido la dijo: *Fantasejabal...*

Al llegar á este punto culminante de nuestro relato es posible que incurramos en algunos errores, pues hablamos por referencias, ya que los documentos escasean, y para explicar los hechos nos veremos obligados á proceder por inducción con lo que es posible que nos deslicemos y equivoquemos su verdadera explicación. Así y todo, los hechos son ciertos; es su orden cronológico y su enlace y trabazón lo que puede resultarnos defectuoso ó equivocado. Hecha esta salvedad prosigamos nuestro relato.

Encontróse Verdagner casualmente con el P. Mir, jesuita y escritor notable, y le habló de su asunto, es decir, de la misa que le habían arrebatado. No sabía hablar de otra cosa. Rodando la conversación es muy posible que el padre Mir le aconsejase que buscase amparo en los agustinos, porque contra un prelado poderoso que había prestado un servicio valioso á los jesuitas, nadie se atrevería más que éstos si se decidían á tomar cartas en el asunto. Supuesto que así viniese la conversación, recordaría Verdagner

que un crítico del fuste del padre Blanco conocía muy á fondo sus obras y aun habían sostenido en otro tiempo relaciones literarias. Con todo esto se impresionaría cuando le vemos tomar el tren y dirigirse al Escorial. No encontró allí á los que buscaba, mas le orientaron debidamente averiguando que daría con ellos en la residencia que la orden tiene establecida en Madrid, Valverde, 17, si la memoria no nos es infiel.

En esta casa conferenció extensamente con el P. Blanco y el P. Miguelez, este último escritor místico muy afamado y hombre de grandes relaciones en la corte y de mucha nombradía. Lo que hablarían lo ignoramos, pero sí sabemos que despertó en su corazón el vate catalán una piedad profunda y no sería ciertamente con su oratoria, pues á Dios no plugo concederle el don de la palabra. Su actitud humilde y reposada, su mirada dulce y serena y sus vagas inconexas manifestaciones, les inclinarían en su favor, y más si se tiene en cuenta que les exhibiría documentos irrefutables, que faltan en nuestros legajos, suficientes á convencer al más rehacio.

A partir de esta primera entrevista y de las sucesivas se operó un cambio en la vida del poeta. No se mostró ya tan encogido y acobardado; hablaba más alto y erguía la cabeza como si se sintiese protegido por una mano poderosa. No se sabe como, pero se divulgó por la corte la nueva de su llegada y en los sueltos en que de ella se daba cuenta se traslucía cierta deferencia respetuosa. Sentía á su alrededor desenvolverse un ambiente nuevo que le fortalecía. Por su habitación desfilaron los Menéndez Pelayo, los Núñez de Arce, Melchor del Palau, conde de Cedillo, Echegaray, Catena, curas que deseaban conocerle, canónigos que le alentaban y estrechaban afectuosamente sus manos, dignidades del foro, etc., etcétera. Y como si un espíritu oculto les hubiese enterado y puesto de su parte, todos se ofrecían por lo que fuese menester y le instaban á que les probase. Las tarjetas de personas encopetadas llovían como una bendición de Dios; se le invitava, se le agasajaba y el fujitivo de la Gleba que aquí, en Barcelona, se deslizaba aprisa y corriendo por las

aceras miedoso siempre de que alguno de sus amigos le detuviese y le sacase los colores á la cara insinuándole alguna impertinencia, á la vista de esta asombrosa mudanza, operada á su alrededor milagrosamente, no cesaba de repetir: *sembla un somni. Alabat sia Deu!* Mariano de Cavia escribía de Verdagner en *El Imparcial* como él sabe hacerlo; Catena se soltaba en *El País* con su habitual crudeza; todos los periódicos, unos más, otros menos, y las revistas, se ocupaban de él, deplorando sus infortunios y codiciosos de reparar los daños sufridos.

Se le quiso llevar al Ateneo y celebrar una velada en su honor; sino tuvo efecto quizás fué á instancias del poeta para que las corporaciones de aquí (que enmudecieron cuando debían hablar y hablar muy alto en defensa de la víctima ilustre), no se dieran por ofendidas tomándolo como un trágala, que, después de todo, tenían bien ganado con su conducta egoísta.

A todo esto el corazón de Verdagner se abría á la esperanza; presentía que su triunfo se acercaba. Cómo había de lograrlo? Su optimismo era tan grande que no recordaba la calidad y fuerza de sus enemigos y creía que con una buena recomendación se arreglaría todo. Seguramente no opinarían de la misma manera el P. Blanco y el P. Miguelez; pero dejaban hacer. Al efecto, el Sr. Núñez de Arce recomendó eficazmente á Mosén Cinto á Montero Ríos para que éste se interesase por él, cerca del Nuncio de S. S. y del obispo de Madrid-Alcalá; al mismo tiempo, junto con personalidades salientes del Ateneo, se entablaron negociaciones con el obispo de Vich para recabar el *exeat* y la misa. Del curso de las mismas nada sabemos; Morgades daría largas al asunto con mil tretas y socalifias haciendo protestas de su admiración por el poeta; de su cariño de padre y alardeando siempre de que lo suscribiría todo con tal que su dignidad y el principio de autoridad quedasen á salvo. Y como ahí estaba el nudo de la cuestión, pues el triunfo de Verdagner no era dable sin menoscabo de esa dignidad y de esa autoridad de la que tan mal uso había hecho por ejercerla autoritariamente, claro que por ese lado había que

tropezar el Ateneo de Madrid con serias invencibles dificultades.

Por su parte Verdagner, bajo el patronato de Montero Ríos, creería que el Nuncio estaría de su parte con solo exponerle la cuestión, pues más justa y clara no podía ser; se lisonjeaba también de que el obispo de Madrid-Alcalá asentiría á todo contando con la ayuda de tanto personaje y gente de tanto valer. Más las cuentas le salieron fallidas. Su pleito sería más claro que el cristal recocado, mas estos señores no querían encargarse de defenderlo y á nada concreto se comprometieron. Otra vez se nublaba el cielo de sus esperanzas; y se enteraba con cierto desaliento de las gestiones de los ateneístas de Madrid, y agradeciéndolas profundamente, preveía que al fin estos nobles esfuerzos fracasarían ante las habilidades y evasivas de Morgades, maestro consumado en el arte de aburrir al prójimo con sus moratorias y buenas palabras.

A Morgades solo podían reducirle y sojuzgarle hombres tan poderosos como él y tan diestros en su arte como el pudiera serlo. Los nombres de esos héroes, que trabajaron ahincadamente para la vindicación de Verdagner y la humillación de Morgades, que tanto monta, nosotros los consignamos con veneración para que nuestro pueblo sepa quienes fueron los que consiguieron la misa, es decir, su buen nombre, su honra, su personalidad desconocida: son el P. Blanco, el P. Miguelez y el P. Cámara, obispo de Salamanca, conforme se verá en un próximo artículo. Nombres son esos acreedores á la consideración de nuestro pueblo; como los felibres de la Provenza, admiraron al genio y sintieron una caridad ilimitada para el acosado que era un hombre pobre y desvalido. Comparados con ellos, qué pequeños resultan esos hueros declamadores de por aquí que le volvieron la espalda y le desconocieron!..

CAPÍTULO VIII

Triunfo de Verdaguer

Sumario: Como plantea la cuestión el obispo Morgades á los ateneistas y los frailes agustinos de Madrid.—Comentarios.—Muerte de D.^a Deseada Martínez.—Las moratorias de Morgades.—Actitud del P. Cámara, obispo de Salamanca.—Una carta del P. Miguelez.—Apotheosis de Verdaguer en el Oratorio de los Padres Agustinos de Madrid.

Con el P. Miguelez, el P. Blanco y los ateneistas de Madrid, no podía Morgades presentar la cuestión con la fría crudeza con que se plantea en las cartas preinsertas de monseñor Cretoni y S. E. el cardenal Casañas. Estas dignidades eclesiásticas eluden artificiosamente la cuestión dando por supuesto que la orden emanada de una autoridad legítimamente constituida debe obedecerse sin réplicas; los primeros discutirían la justicia del mandamiento y por considerarlo abusivo y autoritario exigirían su rectificación. Morgades, ladino de sí, previendo que estos señores discutirían su ukase y no hallándose con términos hábiles con que poder defenderlo, hizo un cambio de frente; y para devolver las licencias á Verdaguer ó concederle el *exeat*, impuso como condición irrevocable el extrañamiento del poeta de Barcelona para separarle una vez para siempre de D.^a Deseada Martínez.

Las demás condiciones podían regatearse y aún se correría magnánimemente con algunas concesiones secundarias; mas con respecto á la primordial no cabía discusión. La posición era bien escogida, casi inexpugnable. Admitido el supuesto de que Verdaguer vivía amancebado con D.^a Deseada, si resistía á la separación que le exigían, se enfangaba á los ojos de sus defensores, mientras Morgades, exhibiéndose como un celoso defensor de la moral, se agigantaba. Ante los espíritus superficiales un prelado digno no podía hacer más en beneficio de su súbdito; tanto se abría y tan

liberal se mostraba que hasta se ofrecía á pagar las deudas del poeta *cuando y como pudiera* (textual).

¿Qué se le podía argüir al obispo una vez adoptada esa actitud? ¿Qué se le puede objetar á quien con todo transige mientras le permitan cumplir con su deber?

Se le podía objetar que esa nueva actitud era un paso de comedia, una apariencia hipócrita: ni más ni menos. Cuando Morgades se llevó á Verdaguer de la casa del marqués de Comillas y le retuvo durante dos años largos en la Gleba, no lo hizo ciertamente por cortar relaciones deshonestas del poeta, ni de eso habló, ni á nadie se le ocurrió sospecharlo, porque era D.^a Deseada por aquel entonces completamente desconocida.

Cuando escapó de la Gleba, aterrado por el rumor creciente de que estaba loco y previendo la encerrona definitiva que la aguardaba, Morgades envió en su busca á los mozos de la escuadra y á la policía, y para cometer esas fechorías, dignas de un bandido, no pensó siquiera con lo del amancebamiento, pues si en vez de acogerse el fugitivo en casa de D.^a Deseada, cuya existencia desconocía, se hubiera refugiado en otra casa cualquiera, habría obrado de la misma manera. Cuando le requiere para que se presente ante el tribunal eclesiástico de Vich, alega la desobediencia como fundamento de la querrela, recriminándole únicamente por haberse escapado; del supuesto amancebamiento no se acuerda porque por aquel entonces esta idea inefanda no había nacido todavía en su espíritu. Cuando ordena su reclusión perpétua en el Asilo-Manicomio le castiga por desobediente no por lujurioso. No hay una sola carta de Morgades de 1894 y 95 en que se haga mención, ni siquiera en forma de vaga alusión, á ese amancebamiento calumnioso, pues por estas fechas, tal sería la pureza de costumbres de mosén Cinto, que ni aún á Verdaguer y Callís, ni á Collell, ni al propio Morgades se les había ocurrido inventar una calumnia tan desatinada; fué después, al fracasar las tentativas de soborno del Dr. Font y otros traidores de menor cuantía, cuando se propaló la especie, ávidos de aburrir á D.^a Deseada hasta lograr que le despidiera de su casa. Y si todo esto

es verdad; si todo esto puede demostrarse documentalmente ¿no se retrata Morgades de cuerpo entero al exigir como condición previa, para entablar negociaciones, la separación de Verdaguer y D.^a Deseada dando por probado su amancebamiento y la ofensa á la moral pública? Acaso en los negros fondos de su conciencia no le constaba que cuando con más saña y encarnizamiento le persiguió ignoraba que semejante mujer existiera sobre la tierra? ¿Persegua entonces al amancebado ó al rebelde?

Es muy posible que el P. Cámara, el P. Miguelez y el Padre Blanco, se diesen cuenta de la extensión de la infamia que se cometía con semejante supuesto con Verdaguer y juzgasen con acrimonia la habilidad de Morgades; más ello es que la infame estratagema paralizaba la acción de los ateístas madrileños y aun la suya propia.

Así se habrían esterilizado los más nobles esfuerzos si un acontecimiento inesperado no hubiese cambiado la faz de los sucesos. Repentinamente D.^a Deseada cayó gravemente enferma; su mal avanzó legua por hora y puesta en el dintel de la muerte pidió confesión.

A la sazón llegaba el P. Miguelez para hablar con Verdaguer y se aprovechó la coyuntura para que entrase á cumplir su ministerio cerca de la moribunda. Qué le diría no se sabe ni se sabrá jamás; mas no cabe dudar que sería veraz en aquella hora suprema, la más solemne y trágica de la vida humana. El P. Miguelez salió profundamente inmutado de la estancia. Verdaguer le aguardaba en el vestíbulo y el fraile agustino le estrechó con fuerza ambas manos meneando la cabeza y mirándole de hito á hito con una compasión profunda. Verdaguer se sonrió tristemente y las lágrimas que llenaban sus ojos se desbordaron. No cruzaron palabra, pero los dos se habían comprendido!

Murió D.^a Deseada. Su hija Amparo, anegada en llanto, fué arrancada de la cámara mortuoria por el Sr. Benages, organista de la capilla real, quien se la llevó á su casa con sus hijas y esposa. Verdaguer trasladose á la calle de Campanas. El dueño del hotel pidió, á más de su cuenta, mil pesetas de indemnización, que fueron pagadas por el señor

Sala, quien corrió también con los gastos del entierro y funerales.

A partir de los sucesos que apuntamos, el P. Miguelez defendía siempre que la ocasión era propicia á D.^a Deseada y no toleraba ni la sombra de una sospecha que empafase su buen nombre. Cuatro años después, cuando Verdaguer moría en Vallvidrera, escribía á Amparo que si alguien se permitía dudar de su madre que de todo le enterase punto por punto, porque estaba dispuesto á defender su memoria ante los impostores, fuesen quienes fuesen. Ignoraba el animoso sacerdote que la maledicencia que había matado á la madre, roía entonces á la hija.

Parecía natural que Morgades, suprimido providencialmente el pretexto que alegaba, accediese á todas cuantas proposiciones se hicieran para acabar de una vez con ese enojoso asunto; mas estaba de Dios que él mismo debiese evidenciar lo miserable y ruín de su condición. Los agustinos le notificarían la defunción de D.^a Deseada y tal vez creerían que á correo vuelto recibirían noticias satisfactorias por allanarse á todo; eso debían lógicamente esperar de su buen caletre ya que no de su corazón. Pero la soberbia le cegaba y reclamaría retractaciones de cuanto había escrito Verdaguer, actas de sumisión, humillaciones imposibles, que sacasen su nombre del arroyo y lo vindicasen. Solo regresando Verdaguer humilde, contrito y arrepentido, podía perdonarle y abrirle su corazón de padre; solo así podía dignificarse ante sus diocesanos. De tal modo se extremaría que llegó á fastidiar á los defensores del santo poeta, y el obispo de Salamanca, varón de excelsas virtudes y superior talento, cortó por lo sano y le propuso á Verdaguer se hiciese súbito de su diócesis que él le daría permiso para residir en Barcelona, donde deseaba vivir, siempre que quisiera. El golpe era mortal para Morgades. Si por indigno de ejercer el sacerdocio rehusaba las licencias al poeta, un obispo tan ilustre y glorioso como el P. Cámara lo prohibaba dentro y fuera de su jurisdicción eclesiástica. ¿Quién de los dos obispos se inspiraba en la ley de Dios? Morgades se sintió vencido; no podía defenderse á plena luz y empezó á ras-

trear y á ceder con parsimonia, concesión por concesión, hasta que al fin otorgó el *exeat* mediante una simple solicitud, y el obispo de Barcelona, Jaime Catalá, admitió en su regazo al ilustre Verdagner y aun le confirió el usufructo de un modesto beneficio en la parroquia de Belén. Para reducir á Morgades hasta ese extremo hay que suponer que la brega sería feróz, sangrienta, implacable; de ella nos da idea una carta del P. Miguelez que no podemos resistir la tentación de publicar. Que Dios nos perdone la indiscreción y que nos absuelva el caritativo agustino de ella si le pesare; nos atrevemos á esto porque no ha de irrogarle perjuicio. Muerto Morgades su nombre pertenece á la historia y la historia no tiene entrañas. Dice así:

21 de febrero 98.

Mosén Jacinto Verdagner.

Mi queridísimo amigo: Con la suya del 18 que recibí ayer, llegó otra carta del obispo de Vich contestando *bruscamente* á la carta mía de seis pliegos, y dándome la noticia de haberse terminado *todo* con el beneficio de que usted me habla. ¡Mil veces alabado sea el Señor!

No quiero contestar á esa carta del obispo, porque si lo hiciese quizá se deslizase algo la pluma. Es una rociada contra mí, al mismo tiempo que me da las gracias por lo que trabajé; pero lo dice de tal manera, que ofende. Parece que dicho señor obispo no puede vivir sin reñir con alguien; pero yo, que no en vano soy agustino, tengo bastante *correa* para esas cosas. Lo que sí haré es conservar esa carta (entre los documentos del asunto) que retrata de cuerpo entero al hombre que la escribió.

Doy á usted la más completa y cordial enhorabuena por el término feliz de todo. Adjunto le envío ese telegrama y carta que llegaron á nombre del obispo y del Superior de aquí; y por eso se abrieron.

Aunque no tengo el gusto de conocer al señor obispo de Barcelona, dele usted las gracias en mi nombre por la coronación de la obra de paz. ¡Esos son los verdaderos pastores de Israel!

No deje usted de enviarme *copia* de las cartas prometidas. Todos los Padres felicitan á usted. La prensa de aquí comenzó después á defenderle con templanza. Escriba usted sus memorias que serán curiosas.

Recuerdos á Amparo y á Mercedes; y usted mande á su sincero amigo del alma

Fray M. F. Miguelez.

A primeros de marzo de 1898, en el oratorio de los Padres Agustinos se había congregado lo más granado de la república de las letras con que cuenta Madrid. Omitamos nombres; la lista sería interminable. En el presbiterio, y en sitio preferente, dos huérfanas enlutadas, envueltas en anchos velos, oían devotamente, como el selecto concurso, una misa que mosén Cinto rezaba ante el altar de San Agustín, ayudado del P. Miguelez que le servía de monaguillo. Era la primera que celebraba, después de tres años largos de persecuciones y afrentas, y en ella le acompañaban, como una corona de gloria, los literatos más eminentes de la corte. Justo tributo rendido á la grandeza de su genio y al heroísmo de sus virtudes!...